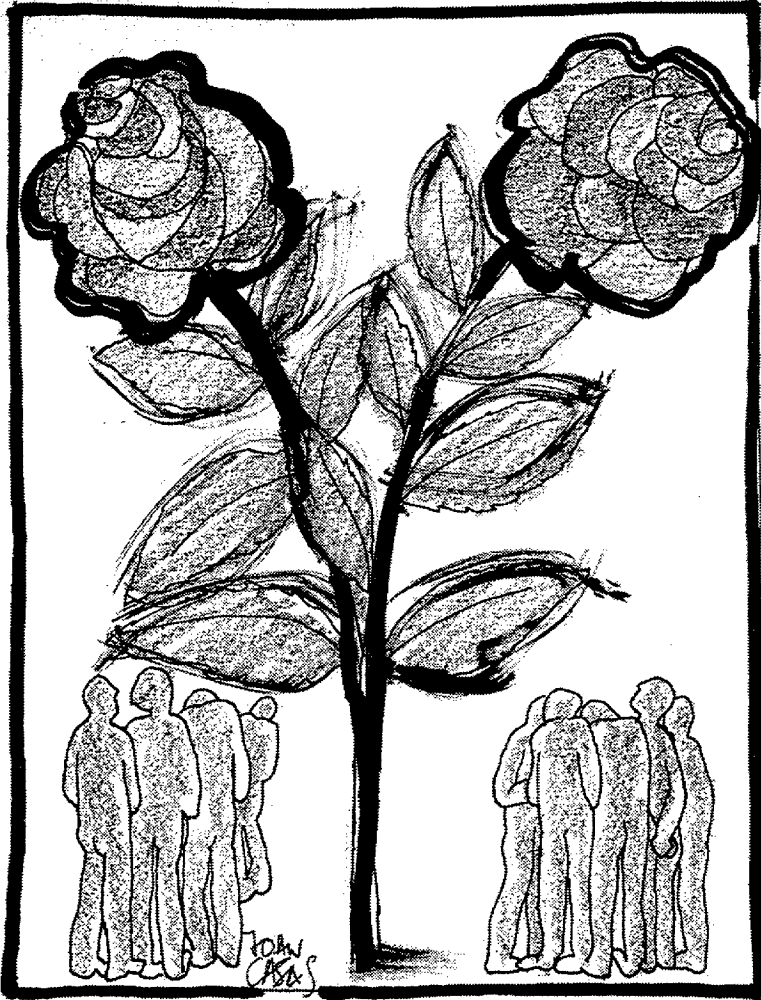


PERE ANGUERA

Carlismo y catalanismo

El interés por el carlismo, tanto el intrínsecamente histórico como el derivado de las vinculaciones sentimentales o familiares, se mantiene vivo como ha puesto de manifiesto el artículo de Ernest Lluch "¿Hubo 11.000 carlistas?" publicado en estas páginas el pasado 15 de julio. Las numerosas cartas remitidas al autor o a "La Vanguardia" han sido parcialmente respondidas por el mismo Lluch en su más reciente "Cartas de carlistas y carlismo". Parte de ellas hacen hincapié en el supuesto papel que el carlismo desempeñó en la formación del



JOAN CASAS

TAN SÓLO DESDE

1872 aparecen

tímidas propuestas

tendientes a mostrar

sensibilidad foralista

catalanismo político. Creo que vale la pena profundizar en este aspecto, no sólo por los comentarios aquí publicados, sino también porque es una discusión que desde hace años planea sobre los debates historiográficos.

El carlismo emergió en los años finales del primer tercio del siglo XIX, a raíz de las disputas por la sucesión de Fernando VII. El argumento jurídico básico del que partían sus dirigidos para justificar la revuelta de 1833 en defensa de los derechos de don Carlos a la corona era la inmutabilidad de la ley sálica establecida por Felipe V, después de su entronización, que equiparaban al nacimiento de una nueva dinastía, lo que le otorgaba la plena capacidad para establecer una

PERE ANGUERA, *catedrático de Historia Contemporánea, URiV*

nueva normativa sucesoria, que ningún heredero, por el simple hecho de serlo, estaba en condiciones de modificar. Era la tesis de todos los publicistas carlistas a lo largo y ancho de España y los catalanes no constituyeron ninguna excepción. Para Vicenç Pou, su principal y casi único representante, Felipe V merecía todos los epítetos laudatorios, mientras tergiversaba la historia insinuando que todos los catalanes defendieron sus derechos al trono durante la guerra de Sucesión. Su dialéctica es lógica: si los fundamentos jurídicos del pretendiente Carlos se basaban en las modifi-

caciones sucesorias introducidas por el primer Borbón, toda su obra debía ser admirada y elogiada, y por este motivo debía quedar al margen de cualquier discusión la derogación de los fueros catalanes, lo que imposibilitaba toda propuesta reivindicativa, ni tan sólo reafirmativa. Este era el sentir de la dirección carlista como lo demuestran las palabras del ministro Cruz Mayor a Carlos V en 1836, ante la sugerencia prusiana de restablecer los fueros catalanes: hacerlo sería "estar ciego o querer alucinar". El distanciamiento de la dirección carlista catalana de la reivindicación de la personalidad histórico-jurídica del país se manifestó de nuevo durante la guerra de los Matiners. Cuando el agitador demócrata Tomàs Bertran i Soler, aliado accidental de los montemolinistas, creador de la clandestina Diputación General de Cataluña, les propuso en noviembre de 1848 que "diesen el grito de nuestros fueros", la propuesta fue rechazada de manera contundente.

Hasta la revolución de septiembre de 1868 es evidente la absoluta despreocupación carlista por todo lo referente a la catalanidad. Tan sólo a partir de 1872 aparecen tímidas propuestas tendientes a mostrar una sensibilidad foralista. Se cita a este propósito la promesa de restitución foral de Carlos VII del 16 de julio de 1872, que tardó dos años y diez días en plasmarse en un decreto, que en la práctica se redujo a la creación de una Diputación, que se presentaba como sucesora de la antigua del General con dos diferencias básicas que invalidaban la identificación: sus miembros lo eran por designación y no representativos, y carecía de capacidad decisoria y más aún legislativa. El viraje carlista obedecía a dos motivos básicos: el éxito de su actitud foral en el País Vasco y la progresiva sensibilización catalanista en clave políti-

ca de la sociedad catalana. Pere Aldavert recordaba la impecable persecución a que las partidas carlistas sometían a "La Renaxensa". Todo un símbolo. No es de extrañar, pues, la escasa sensibilidad del principal teórico carlista de la restauración Luis Maria de Llauder por la "cuestión catalana" o la expulsión del partido en los años finiseculares de los jóvenes activistas que sí la sentían, como Joan Bardina o Manuel Roger de Llúria, como acertadamente ha recordado Jordi Canal en distintas ocasiones.

En dos momentos posteriores, el carlismo hizo un guiño a los catalanistas. El primero participando en la Solidaritat Catalana, cuando, no sin tensiones internas, hizo frente común con las distintas opciones catalanistas contra la ley de jurisdicciones, más por lo que

EL CARLISMO NO TUVO

ninguna participación activa

en el alumbramiento del

catalanismo político,

al que se sumó forzado

ésta les afectaba directamente al ser víctimas propicias de su articulado por los ataques a Alfonso XIII, que por catalanidad democrática; y el segundo, después de su activo apoyo a Primo de Rivera, con la elaboración de una propuesta de estatuto en 1930. La credibilidad de este texto, olvidado durante décadas por sus publicistas, se contradice con la radical oposición al estatuto de 1932, que culminó con la ruptura del partido.

La conclusión parece clara: el carlismo no tuvo ninguna participación activa en el alumbramiento del catalanismo político, al que se sumó esporádicamente forzado por el catalanismo ambiental. Otro tema es la catalanidad de la mayoría de los carlistas catalanes, los cuales podían sentir y actuar con plena conciencia de comunidad manteniéndose fieles a la lengua, por ejemplo, pero sin la menor necesidad de dar a este sentimiento una traducción política.●

Weimar: cultura de Europa

JOAN VALLVÉ

La ciudad alemana de Weimar ha sido designada como la capital cultural europea del año 1999. Muchos son los elementos que se dan cita en la ciudad del land de Turingia, uno de los llamados nuevos "bundesländer", que se integraron en la República Federal después de la caída del muro de Berlín en 1989.

En Turingia se dio la circunstancia de que al final de la Segunda Guerra Mundial fue ocupada inicialmente por las tropas norteamericanas y no fue hasta pasados casi tres meses, en virtud de los acuerdos de Potsdam, que las tropas soviéticas penetraron en el territorio y éste quedó integrado en la Alemania del Este.

La ciudad de Weimar conmemora este año 1999 el 250 aniversario del nacimiento de Goethe, el cual pasó la mayor parte de su vida en la ciudad. La princesa Anna Amalia, casada con el duque de Weimar, enviudó prematuramente y, con el fin de satisfacer las exigencias de educación de su primogénito el duque Karl August solicitó la presencia en primer lugar de Christoph Wieland y más tarde la de un personaje, todavía joven, llamado Johann Wolfgang Goethe natural de la no lejana ciudad de Francfort.

JOAN VALLVÉ, *presidente de la Asociación Europea de Regiones Fronterizas*

Goethe llegó a Weimar en el año 1775 con el propósito de quedarse allí unos meses, en realidad pasó más de cincuenta años de su vida. Fue una vida inquieta en la que ejerció su tarea de escritor, poeta, dibujante, actor y director de teatro, además de consejero del duque. Su presencia en Weimar se interrumpía por sus constantes viajes, entre ellos su conocido viaje a Italia.

La ciudad de Weimar ha procurado ser durante este año un auténtico museo donde se recogen las vicencias de Goethe, la casa donde pasó la mayor parte de su tiempo, obsequio del duque, pero también los parques pertenecientes a la nobleza donde paseaba y contemplaba la naturaleza, junto a los restos de antiguas fortificaciones medievales. Precisamente en este parque se encuentra la llamada villa jardín de Goethe, donde el poeta encontraba el descanso y la tranquilidad lejos de bullicio de los palacios. Allí también le sorprendió la muerte en el año 1832.

Goethe coincidió en Weimar con Schiller, Herder y también con Napoleón pocos días antes de la batalla de Jena, que en 1806 consolidó el poderío del emperador francés frente al rey de Prusia. El hotel Elephant de Weimar, hoy en servicio, muestra orgulloso el recuerdo de la presencia del huésped imperial hace casi dos siglos.

La llamada biblioteca de Amalia, el lugar de trabajo habitual de Goethe, contiene más de ochocien-

tos mil volúmenes y fue creada y ampliada a instancias del escritor. Una fundación recientemente constituida se encarga de conservar y restaurar el patrimonio bibliográfico que alberga y que no fue debidamente atendido durante algunos años.

A pocos kilómetros al sur de Weimar se encuentra el palacio del Belvedere, residencia veraniega de los duques y desde donde se aprecia una vista de la ciudad y del valle del Ilm. En los alrededores del palacio

ES ÚTIL RECORDAR

la buena voluntad de aquellos diputados que en 1919 aprobaron una constitución

existe un jardín botánico creado en el siglo XIX, muestra del interés científico de sus propietarios. El poder de la nobleza en Weimar, como en Alemania, terminó con el fin de la Primera Guerra Mundial y la inmediata proclamación de la república. La república iniciada en 1918 es conocida también como República de Weimar ya que fue en dicha ciudad, en el teatro Nacional, donde se aprobó por los representantes democráticamente elegidos el texto constitucional. También en Weimar se inició en los años veinte de nuestro

siglo la institución conocida como el Bauhaus, que aglutinaba arquitectos y artesanos de la construcción. Una exposición muestra sus primeras realizaciones; posteriormente la sede del Bauhaus se trasladó a Dessau y a Berlín. El Bauhaus, como tantos otros movimientos nacidos en la corriente liberal de los años veinte, sufrió la represión del nazismo y fue suprimido en 1933.

A pocos kilómetros de Weimar, cerca del castillo de Ettersburg, se halla el recuerdo de Buchenwald; allí escondido entre bosques de robles y hayas, fueron confinadas más de trescientas mil personas en uno de los campos de concentración más terribles instalados en territorio alemán. Jorge Semprún fue uno de los que estuvo allí internado, también la recordada Montserrat Roig nos dejó en su obra "Els catalans als camps nazis" los nombres de nuestros compatriotas allí fallecidos.

A pocos centenares de metros se encuentra el recuerdo de otro campo de internamiento, éste establecido por los soviéticos a las pocas semanas de su llegada. Teóricamente albergaba ex dirigentes nazis, los testigos del momento afirman que la realidad era otra y cualquier disidencia podía ser causa de internamiento.

A la salida de Buchenwald uno se sorprende cómo a tan poca distancia pudo existir la ciudad de Goethe, de Schiller, de Liszt, de

Nietzsche (en Weimar se conservan sus archivos) y al mismo tiempo el campo de Buchenwald. Quizá la misma sorpresa la tuvieron aquellos ciudadanos de Weimar, que pocos días después de la liberación del campo fueron obligados a visitar el recinto ubicado a pocos kilómetros de su casa y cuya realidad manifestaban ignorar.

El año europeo de la cultura en Weimar debe ser analizado en su conjunto, desde el patrimonio de Goethe y tantos otros hasta la bestialidad de los campos de concentración como el de Buchenwald. También es útil recordar la buena voluntad de aquellos diputados que en 1919 aprobaron una constitución que quería ser justa para todos pero un cúmulo de circunstancias la hizo ineficaz y facilitó el acceso del nazismo al poder.

Europa se abre al nuevo siglo con el bagaje cultural y las enseñanzas, positivas y negativas, que la ciudad de Weimar hoy representa. Es una Europa que avanza hacia su unidad, económica y también política. El mismo Goethe preconizaba a principios del siglo XIX refiriéndose a la, entonces todavía inexistente, unidad alemana: "No siento temor de que Alemania no se unifique. Sentimos la querencia de unos con otros. Tenemos la misma moneda, el thaler prusiano, que vale en todo el territorio. Además, al pasar una frontera ya no tengo necesidad de abrir mi equipaje".●